

LAS ACTUALES TENDENCIAS.

(NOTAS Y APUNTES.)

I.

Nada hay que influya más en la literatura que el espíritu de los tiempos. Las ideas y las costumbres, los sentimientos y las aspiraciones de una época influyen necesariamente en el escritor y reflejan en las obras de arte, en virtud del marcado aspecto sociológico que toda la literatura presenta y de que esta, como decía atinadamente Mme. de Staël, es la expresión de la sociedad.

No viven aislados los literatos, ni son solo sus obras producto de la fantasía. La solidaridad los une a los demás hombres y respiran en el mismo medio de deseos y pensamientos. Así como la literatura influye en la humanidad, despertando nobles aspiraciones y excitando a hechos memorables; dulcificando las costumbres y haciendo germinar en los pueblos ideas grandes y generosas, señalando los pasos en el camino de la vida y glorificando las acciones pasadas, así también influyen en ella esas aspiraciones de la humanidad, esas costumbres de los pueblos, esas ideas de cada siglo. Entiéndase como se entienda el arte, bien se profesen unas u otras doctrinas estéticas, ya se sigan las teorías racionalistas de Diderot y de Hegel, ya, por el contrario, se consideren como exactas las del jesuita Yungmann, siempre tendrá que reconocerse esta verdad indestructible, que la ciencia pregonada y la historia viene confirmando.

A cada siglo corresponde su literatura, y vanos serían todos los esfuerzos que pretendieran oponerse a esta ley invariable. Es un fin del hombre el artístico, íntimamente ligado a los demás fines, y que responde perfectamente a las influencias más o menos de cada período. La literatura, como la ciencia, la filosofía, la política, va cambiando con el trascurso de los años, y fijo siempre el ideal íntimo y principal, van variando los ideales secundarios y próximos. Desde las antiguas edades, eminentemente sencillas y poéticas, hasta esta otra contemporánea, época de crisis y de discordia, de lucha y de positivismo, han cambiado mucho las ideas y las costumbres y han ido variando de día en día las aspiraciones y han sufrido una grave transformación todos los sentimientos y todas las doctrinas que han dominado y dominarán en todo tiempo, en la historia del espíritu humano.

Y nada expresa mejor que la literatura, como consecuencia de estos principios inconcisos, las ideas de una nación y los sentimientos de un período histórico. Como todo se refleja en ella, ella da la verdadera prueba del carácter de esas influencias. Así las obras literarias manifiestan, en relación con los pueblos, la profundidad de los alemanes, la imaginación brillante de los italianos, la valentía y el ingenio de los árabes, la delicadeza analítica de los ingleses, el carácter frívolo y universal de los franceses; y así también, refiriéndose a los tiempos, demuestran la patriarcal sencillez de los primeros siglos y lo fácil y llano que era en ellos la contemplación ideal de la realidad en la fantasía, y la discordancia de cosas y principios en las edades modernas, faltas de unidad y conciencia para producir los grandes monumentos del arte es imposible para expresar, como en el Ramayana, en la Iliada o en la Jerusalén de Tasso, todas las ideas, todas las aspiraciones, toda la civilización de una época.

Todo cambia, pues, y todo varía; todo evoluciona, como se dice en frase moderna. La humanidad va adelantando y, al mismo tiempo, va progresando todo y todo va transformándose. En una época dada dominan unos principios en la ciencia; el arte en todas las ramas del saber humano; y en la época siguiente los antiguos moldes desaparecen, siendo sustituidos por otros. Así se vive y así se camina en la historia, mudando los jalones a cada paso y quedando hoy abandonado lo que era ayer el término de la peregrinación.

II.

En este siglo en que vivimos, siglo de transición y de lucha, todo ha cambiado, todo es nuevo. Murieron las antiguas aficiones idealistas; desapareció el falso e hipócrita espiritualismo de los primeros lustros, y sobrevino, como consecuencia fatal, una reacción poderosa, que amenaza desgraciadamente invadirlo todo y que, teniendo por base el positivismo dominante en las almas, rompe con toda metafísica y pretende establecer como verdad única y universal el positivismo filosófico. Y lo mismo en el escabroso campo de la ciencia que en el florido terreno del arte, va penetrando la moderna escuela; y partiendo del predominio y extraordinario desarrollo que en nuestros días han alcanzado las ciencias naturales, quiere asimilarlo todo a estas y extender por todas partes las ventajas de la observación, la importancia del me-

dio y la influencia de los trabajos de Claudio Bernard.

Hubo un tiempo, como en frases más elocuentes decía el ilustre Nocedal en su discurso de recepción en la Academia Española, y que no recuerdo, por desgracia, textualmente, en que las obras del ingenio no tenían más propósito que deleitar el ánimo con dulce esparcimiento; pero aquel tiempo pasó ya há mucho, y aquel tiempo ha sido despreciado por los autores de la falsa Historia, los conspiradores contra la verdad, según los llamaba De Maistre. Hoy dominan otras ideas y se marcha á otros resultados; hoy, agarrando la fantasía y cohibiendo el genio dentro de exageradas leyes fisiológicas y extraños principios sociológicos, se trata de convertir al literato en apóstol de inmorales doctrinas ó en mero deducidor de ecuaciones humanas, que, según la idea triunfante, la fina observación le ha de presentar en la carrera de la vida.

Lucha hubo en todos tiempos entre el espíritu y la materia, el alma y la terrena vestidura; pero nunca llegó aquella á tomar tanto incremento como ahora, ni llegaron las escuelas á restringir tanto la libertad humana, dogma del Cristianismo y de la antigua Filosofía. El hombre no obra en este ó el otro sentido según su inteligencia le dicta y su voluntad quiere, sino como le determina la ley de la herencia, le inclinan los agentes exteriores y le excita la sociedad. La virtud no existe y el bien es impracticable, las acciones nobles no son de ahora y toda la vida se halla reducida á miserable lucha de apetitos y pasiones, á necesario y fatal descenso por el plano inclinado que las fuerzas superiores forman.

Y todas estas ideas dominantes en todo, creadoras de ciencia y filosofía nuevas, inspiradoras de Política especial, trascienden también á la literatura y en ella encuentran un vasto campo en que ensayarse. El novelista no es el artista que pinta la belleza, es el psico-fisiólogo que va estudiando un personaje; el poeta lírico no es el cantor de sus sentimientos, es el demoleedor constante de las santas doctrinas y el perpetuo excitador de bajas pasiones; el dramaturgo no es el gran maestro de lo bueno y de lo bello, sino el corruptor sin descanso de las grandes instituciones sociales. Y como si esto no fuera bastante; como si no fuera suficiente hacer del personaje, según las palabras de Zola, «el maniquí llevado por el vendabal omnipotente del medio» y hacer de este el *Deus ex machina*, lo maravilloso de las antiguas epopeyas; como si no bastara reducir la realidad á lo malo y á lo monstruoso, todavía los partidarios de las modernas doctrinas se erigen en maestros de todos los desarreglos del entendimiento humano y se proponen enseñar lo mismo los problemas de la Economía política que los grandes principios de legislación; igualmente los dogmas consoladores de la Religión que los tan decantados adelantos de la Química ó la Fisiología.

Cierto, muy cierto es que las doctrinas estéticas de los primeros años del siglo, que los principios literarios anteriores á la revolución del 48 eran, además de falsos y extravagantes, inmorales y perniciosos; pero es también cierto y muy cierto, que no son menos perniciosos los actuales principios, ni menos falsas las doctrinas de ahora. Sin atender á una juiciosa observación de Merimé, según la cual la gran dificultad estriba, no en observar y descubrir, sino en escoger; para los modernos literatos son todos los asuntos iguales, y llevan á la novela y al drama lo más extraño é indecoroso, pretendiendo, sin duda, hacer creer que el mundo solo presenta un aspecto tétrico y sombrío, y que ya no queda en la sociedad más que cieno y podredumbre. En los libros de la moderna escuela no hay siquiera un rayo de luz pura y brillante que ilumine sus páginas, y solo campean en ellas los apetitos y las miserias, hasta el punto de hacer exclamar á Renau que «si la naturaleza fuese solamente así no habría para qué tomarse el trabajo de hablar de ella».

Siempre y en todas las ocasiones trataron de pintar la realidad los grandes maestros; pero nunca llegaron á prostituir el arte y á reflejar solo en sus producciones lo material y deleznable. Siempre y en todas las ocasiones fué admitida doctrina estética que el arte debe inspirarse en la naturaleza; pero nunca se ha considerado que debía copiarse á esta, según censuraba Charles Digot en Setiembre de 1879, en la *Revista de ambos mundos*, como expresión de la estética, la educación, la filosofía y el temperamento de cada cual.

Por ventura no son tan reales como *Nana* y *Juan Gausin*, *Otelo* y *Saucho*, y no está tan sacada de la realidad la celda del P. Manrique, como el hotel y lupanar, á la vez, de Mr. Duveyrier?

Ni vale tampoco acogerse con Flaubert y sus discípulos, á aquel ya famoso apotegma: «el arte por el arte».—El arte,

como expresión de lo bello es el esplendor de lo verdadero, y, como hasta el mismo *Krause* decía, «no cabe absolutamente, de modo alguno, que la belleza contradiga á la bondad». No tiene en sí mismo el arte cerrados los horizontes, ni en sí mismo encuentra tampoco el fin íntimo á que debe converger: hay reglas más altas y principios más elevados á los cuales debe aspirar. Proclamar como máxima inconcusa «el arte por el arte» autoriza, según la observación de un notable orador, á proclamar del mismo modo «la guerra por la guerra», «el pleito por el pleito» ó «la ciencia por la ciencia»; originándose de aquí el imperio de la fuerza, el desconocimiento de la justicia y el asesinato científico. El arte, lo ha dicho el gran Tamayo, *crisol ha de ser en que el oro quede exento de escorias, abeja que extraiga la miel de las flores, cristal en cuyo foco reconcentrados abrasen los rayos del sol».*

III.

¿Pasará pronto el naturalismo? Pregunta es esta de no difícil contestación. Un crítico muy sensato ha escrito que esta actual tendencia literaria desaparecerá muy pronto y solo quedará de ella su oposición á los antiguos ideales y su afición al estudio de la realidad; y bien cierto es que esta secta hoy tan dominante no está llamada á ser muy trascendente, ni á tener un gran porvenir. «Quizá está ya elaborándose una transacción ecléctica entre el romanticismo de ayer y el realismo de hoy».

Han llegado á tal extremo las exageraciones, que no puede menos de verificarse un gran cambio en literatura. Tras esta revolución violenta que lo avasalla todo y que penetra en todas partes, tiene que venir una reacción no menos poderosa que parte de más sólidas bases y armonice lo bueno de los antiguos y nuevos principios. A tal punto se ha descendido, que bien hacía el eminente catedrático y notable orador don Guillermo Estrada y Villaverde en desear, en su excelente discurso «La novela contemporánea», un nuevo Cervantes que diera al traste con los modernos libros de caballería.

Malo era el pasado, pero es tan malo lo presente. A las extrañas elucubraciones de Dumas pintando su Conde de Montecristo y á las inverosimilitudes de Paul Féval presentando al Marqués de Río-Santo en sus *Misterios de Londres*, así como también á las insustancialidades de Sue, en sus novelas socialistas, pobres y errados alegatos en pró de doctrinas aborrecibles, sucedieron las obras de los Goncourt, de Flaubert, Zola y Daudet, en primera fila, y de Ulbach, Claretie, Maupassant y otros muchos, en esfera más baja. A los antiguos modos de hacer novelas, propios solo para despertar el interés de las señoritas melancólicas y para hacer ininteligible el argumento entre la variedad de episodios, á cual más inverosímiles é irracionales, sucedieron los nuevos modelos, convirtiendo en escarpelo de cirujano la pluma del artista y haciendo del libro un gabinete de disección ó una cátedra de Filosofía. Al espiritualismo pasado, extraño y falso en muchas ocasiones, pero espiritualismo al fin, creador de las dos novelas más leídas hace unos cuantos años, el *Rafael* y el *Werther*, sustituyó el franco materialismo presente, origen de las modernas pornografías y generador de tantas inmoralidades. Como pasó lo primero, así pasará también lo que hoy domina.

Pues qué ¿no vamos á salir nunca de este abismo sin fondo de miserias, á que las exageraciones nos han arrojado, y no vamos á poder respirar, dentro de poco tiempo, en región más serena y más clara? ¿Habremos de estar condenados eternamente á lo que vino solo por efecto de las circunstancias y no admite grandes variaciones? ¿Se considerarán como un verdadero progreso literario las actuales tendencias? ¿Habrá de preferirse *La Taberna*, de Zola, ó la *Canción de los andrajosos*, de Walter Scott, á las sublimidades de Chateaubriand ó á los poemas de Byron ó de Lamartine? ¿Habrá de contentarse con las pobres rapsodias de ahora el siglo que empezó con tan buenos auspicios, y habrá de desear las bellezas innumerables de *Atala* ó del *Moro Expósito*, por las escenas espantosas descritas en el *Germinal*, adivinación de los crímenes de Decazeville y los atentados de Charleroi?

Muy exacto es que, como decía el gran Bonald, «todas las teorías son viajes atrevidos al país de la verdad»; pero la teoría naturalista no ha llegado á señalar el único y verdadero camino». Ha prestado un gran servicio al arte, destruyendo los antiguos idealismos; mas realizada esta misión, debe desaparecer para siempre y ceder el campo á doctrinas más puras y más acertadas. Venga cuanto antes la nueva escuela y llegue lo más pronto posible el Jordán que nos limpie de errores y prostituciones.

PEDRO SÁNCHEZ.

1.º de Abril de 1886.

HISTORIAS MONTAÑESAS.

EL ROSARIO.

En el vastísimo salón, verdaderamente merecedor de este nombre,—no como esas habitaciones de muñecas á que ahora se aplica,—había, pintada sobre un inmenso lienzo, una Virgen morena, traída de no sé qué lejanísimos países de al otro lado del Oceano; en torno de la cual, y orlando la figura, encerradas en pequeños óvalos, aparecían otras composiciones menores en que se representaban minuciosamente los varios episodios de la aparición milagrosa de la imagen.

Repartidos por la amplia cámara, de cara al santo lienzo, sobre el que el tiempo iba acumulando el polvo de su carrera, apagándole el color y probando á borrar las líneas, los de la familia rezaban aquella noche, como otras tantas y según costumbre inmemorial, el Rosario.

Era también tradicional en la casa que el jefe de ella guiara la dulcísima plegaria; pero á la noble anciana, cuyos lutos de viuda decían á cuán dura costa había alcanzado aquel cargo, hubiérale sido tal ocupación insoportable fatiga, de la que era deber librarla. El hijo mayor era, pues, quien en su defecto rezaba delante.

Algunas noches, sin embargo, le rezaba Rosa, la alegría de la casa.

Hay que haber rezado aquel Rosario; hay que haberle oído á ella llevarle, caída al pie de la Virgen, como una azucena en las gradas del altar, fijos los ojos en la imagen, aquellos ojos garzos en que rien todas las alegrías y gimen todas las tristezas de la Montaña, su sol del Mediodía y sus estrellas de la noche, para sentir la dulzura de aquel cuadro y gustar el sabor de cielo de aquella escena.

La luz, dejada sobre la mesa, le ilumina á Rosa no más que el rostro y envuelve y confunde lo demás de ella en la sombra que la misma mesa proyecta. Mas con alumbrar tan poco, yo no sé de qué alimentan aquella lámpara que su luz nunca muere y brilla siempre, pintando el cuadro aquél, en la memoria y en los ojos adonde ella arrojó en mal hora la plácida figura de la niña que reza.

Y ¡cómo está hecho para su boca aquel canto de amor purísimo! ¡Cómo, al ir desgranando entre los frescos labios la mística guirnalda, su frase palpita y vive en su voz lo mejor de su alma!

Pero aquella noche la voz lloraba; no era su rezo el tranquilo arrullo con que una alma buena aduerme á esa hora sus pesares del día muerto, y sus inquietos deseos del siguiente.

A Rosa le pasaba algo.

Atentas las damas á su devoción particular, no lo notaban. Los hombres, rezando distraídos y respondiéndola casi maquinalmente, tampoco lo echaron de ver. Y eso que—caso inaudito—la llorosa niña se equivocó dos ó tres veces, y aún dió más tiempo á la sospecha volviendo torpe y atropelladamente á deshacer su distracción.

Terminaba ya el Rosario con aquellas últimas oraciones en que se pide por los muertos queridos, y transcurrían, por tanto, esos instantes en que los fervorosos redoblan su piedad y los distraídos vuelven de su abandono, cuando el ruido inusitado de los cascos de un caballo, que atravesaba á galope la franja de suelo empedrada que daba acceso á la casa, distrajo á unos y otros y suspendió por un instante las voces que rezaban.

Pasó como cosa de cuento. Cuando los de arriba iban á darse razón de que habían oído algo, ya el ruido y hasta su eco habían caído en la boca insaciable del silencio nocturno.

A Rosa le notó álguien su intención, algo que no llegó á ser además de levantarse, sino sólo un deseo, traducido en cierta vacilación en la actitud y un movimiento rapidísimo de la cabeza que,

sin permiso de nadie, se volvió hacia el balcón más inmediato. Después clavó los ojos en la Virgen, y con voz más insegura que antes, más quejosa y desentonada en fuerza de querer aparecer tranquila, acabó el rezo; y, acabado, pidió recogerse y no asistir á la mesa sobre la que, al decir de una criada que entró en aquel momento, esperaba ya la cena.

Entre los que habían rezado é iban á cenar, hallábase Fernando, cuya estrecha amistad con los de la casa permitíale veranear en ella por largos días y en ocasiones frecuentes, y aún invernar también, sin tener que esperar invitación de nadie, ni molestarse en avisar de su llegada sinó con el ruido que buenamente quisieran hacer sus espuelas cuando tomaba la escalera.

Con más frecuencia aún de la que usaba hubiera ido Fernando á saludar á sus amigos, pero en la misma razón de su deseo hallaba él la de no hacerlo, precisamente porque su deseo era no salir jamás de aquella casa.

Fernando, en fin, amaba á Rosa, sin que esta se hubiera dado nunca cuenta de ello, y eran muy de oír el sin fin de razonamientos é hipótesis en que él se aventuraba para explicar á los amigos su *platonismo*.

Según decía, cuando se ama, y se ama sin querer, no deliberadamente, lo peor que le puede suceder al amante es ser amigo de su amada. El que no la ha hablado, el que no sabe de ella sinó que la quiere, no se halla en ningún camino, pero tiene delante de sí el principio de uno por donde llegar á saber su ventura ó su desdicha, según la suprema decisión de aquel juez con flequillo. Pero el que es amigo, no vé abrirse ante él ese camino, sinó que está en el fin de otro que no vá á ninguna parte, que no vá al menos adonde él quiere ir. Para tomar el primero habría, según su teoría, que desandar toda la jornada hecha y emprenderla de nuevo por la verdadera senda.

Repugnaba á su lealtad y á su buen gusto el atajo que de la amistad conduce al amor. Por él se llega pronto, pero el fin está oscuro. Una amiga vuestra nunca os dice que *no*, por temor de que al renunciar á vuestra pasión creais que renuncia también á vuestra amistad, y hasta por miedo de perderla: su respuesta, galante y dando á entender que ha tomado á broma la pregunta, no os saca jamás de dudas.

Nunca os dice que *no*, y es muy difícil que os diga que *sí*, porque no lo es menos que pueda enamorarse de vosotros. Por muchos méritos, por mucha pasión que en su amigo vea, por mucha ventaja que aprecie en él sobre ese desconocido que la mira en el teatro, nunca el primero dejará de ser un *michucho* que *vi á cruz*, sin que pueda pasar de ahí. Tiene derecho al diálogo con él á todas horas y delante de todo el mundo: las ocasiones de verle, de mirarse adorada y endiosada en aquella alma, no pueden ser ambicionadas, á fuerza de ser repetidas y casi inevitables.

Aseguraba, en fin, que la acción indiferente del extraño vale más, á juicio de la fantasía femenina, que la proeza del amigo, y así ponía todo su cuidado en que Rosa no mirara muy adentro de él y llegara á darse cuenta de la traición aquella.

Gran voluntad, voluntad de las que no se estilan, debía tener aquel amante, porque yo sé cuánta necesitaba, y lo bien que á la linda montañesa quería, y como era ella quien llenaba sus horas todas, y como aún á deshora, mientras solo el sueño velaba, venía la adorada memoria á posarse sobre el papel en que, para su uso exclusivo y su lectura, traducía aquel poeta de sí mismo los movimientos de su alma.

Nadie, pues, como Fernando para

notar la turbación de Rosa durante el Rosario. Y aún suponiendo que en tal observación hubiera tenido compañero, nadie como él para enlazar aquellas lágrimas, mal disimuladas entre la oración, con algún otro dato de la historia de la niña, puesto que solo él era probablemente quien le conocía.

(Continuará.)

REVISTA CIENTÍFICA.

CURACION DE LA RABIA.

PROCEDIMIENTO PROFILÁCTICO DE M. PASTEUR  
(Conclusión.)

Tal es la enumeración, por orden cronológico, de las veinticinco personas mordidas por perros rabiosos que, en un periodo de diez días, han venido á mi laboratorio á que las curase. En iguales periodos de tiempo nada enseñaría una análoga reseña, por más que en cada uno haya casos no menos interesantes que aquel de Lorda. Para abreviar no citaré más que uno solo, escogido con preferencia á los demás, por las inquietudes que me produjo.

Es el referente á un niño de ocho años llamado Jullion, habitante en Charonne, calle de Vignolles, número 6, que fué mordido en 30 de Noviembre. El niño al ver al perro se quedó asustado. En este momento la mandíbula inferior del animal entró en la boca abierta del chico. Un colmillo cortó el labio superior y penetró profundamente en el fondo del paladar; uno de los colmillos de la mandíbula superior, que quedó fuera de la boca del niño, le hirió entre el ojo derecho y la nariz. La cauterización era imposible. Este perro estaba rabioso, según reconocimiento practicado por Mr. Guillemord, veterinario, que habita en la calle de Citeaux núm. 37, en París.

De la serie de personas curadas, podríamos fácilmente citar otros casos de mordiscos en la cara y en la cabeza, cuyas heridas no han sido cauterizadas de ninguna manera.

Para una persona sola ha sido ineficaz el tratamiento, pues sucumbió de rabia, á pesar de haberle sufrido.

Me refiero al caso de Luisa Pelletier. Esta niña, de edad de diez años, fué mordida el día 3 de Octubre de 1885 en el pueblo de Varenne-Saint-Hilaire, por un gran perro de montaña; la trajeron á mi laboratorio 37 días después de la mordedura con heridas profundas en el sobaco y en la cabeza. Esta última era tan grave y tan intensa, que á pesar de una esmerada asistencia, se hizo purulenta y sanguinolenta en 9 de Noviembre. Tenía una extensión de 12 á 15 centímetros, y el cuero cabelludo se levantaba en algún punto. Esta herida me dió tanto cuidado, que rogué al Doctor Vulpian que viniera á ver á la paciente y consignara su estado. El interés científico de mi procedimiento aconsejaba que me negase á cuidar á una niña que tan tardíamente se me presentaba y en condiciones tan excepcionalmente graves. Sin embargo, accedí á ello por un sentimiento humanitario y en vista de la aflicción de sus padres.

Los síntomas precursores de la hidrofobia se manifestaron en 27 de Noviembre, once días después del tratamiento. En primero de Diciembre fueron evidentes, y la muerte ocurrió en la tarde del 3 de Diciembre con caracteres rábicos muy pronunciados.

Se presentaba una grave cuestión. ¿Cuál era el virus rábico que produjo la muerte de la niña? ¿Fué el de la mordedura del perro, ó más bien, el de las inoculaciones preventivas? No fué difícil determinar, porque veinticuatro horas después de la muerte de Luisa Pelletier se horadó su cráneo en la región de la herida, con la autorización de sus padres, y se extrajo una pequeña porción de lamateria cerebral que se introdujo por la trepanación en dos conejos. A los dos les acometió la rabia parálitica á los diez y ocho días de la inoculación, y murieron al mismo tiempo. Los cuatro americanos habían sido mordidos hacía 21 días. Se puede enviar con confianza á París los heridos de todos los países de Europa, y aún de América del Norte; pero no hay que retardar indefinidamente la cura. La experiencia demuestra que la inoculación se opera de 40 á 60 días. Aquellas que se practican fuera de este término, es probable que coincidan con la manifestación de los síntomas rábicos. Un establecimiento único bastaría, por lo tanto, para América del Norte, Europa y países inmediatos, y tendría la ventaja de dar mayor garantías á la curación, porque entonces sería fácil agrupar en él un personal instruido y que reuniera las mejores circunstancias para el mejor desempeño de su cometido. Mr. Pasteur, regula los gastos de este establecimiento en 50.000 francos por año. Multiplicando esta clase de establecimientos, sus gastos excederían al importe que podrían ocasionar los socorros que se dieran á los necesitados para venir y estar en París.

Mr. Pasteur, añade, que las cantidades necesarias para este centro benéfico pudieran reunirse por una suscripción internacional. Al

de rabia después de la mordedura rábica. Las obras de medicina y de veterinaria dan respecto al particular indicaciones contradictorias, lo cual se explica fácilmente si se recuerda lo que hemos dicho acerca del secreto que se guardaba por las familias y los médicos, al ocurrir estos casos, y aún sobre la naturaleza de la muerte, que con frecuencia se designaba prudentemente con el nombre de meningitis, aunque se supiera bien que la ocasionaba la rabia.

La dificultad de formar una buena estadística se comprenderá mejor con el hecho siguiente: el día 14 de Julio de 1885, fueron mordidas sucesivamente cinco personas por un perro rabioso en el camino de Pantin, y las cinco murieron de rabia. El doctor Dujardin-Beaumetz dió parte del suceso al consejo sanitario del Sena por orden del prefecto de policía, consignando los nombres, las circunstancias de las heridas y de la muerte de estos cinco individuos. Pues bien, en la estadística no figuró ni un sólo caso de fallecimiento.

Mas confianza que en estas estadísticas tengo en la preciosa que se ha servido facilitarme Mr. Leblanc, sabio veterinario, individuo de la Academia de medicina, que ha estado durante largo tiempo al frente de la prefectura sanitaria del Sena. Es un extracto oficial hecho por él mismo, teniendo á la vista los informes de los comisarios de policía, ó los partes de los veterinarios que dirigen los hospitales de perros. Este documento abraza seis años y de él se sigue:

Que en 1878 en el departamento del Sena fueron mordidas 103 personas de las que murieron 24 de rabia. En 1879, 76 y 12. En 1880, 68 y 5. En 1881, 156 y 23. En 1882, 67 y 12. En 1885, 45 y 6.

De las cifras precedentes resulta que el término medio es próximamente de 1 muerto por seis heridos.

Pero, para apreciar bien el método de la profilaxia de la rabia debemos considerar una segunda cuestión, no menos interesante que la del término medio de defunciones ocasionadas por las mordeduras rábicas. Esta cuestión es saber si ha trascendido ya el tiempo suficiente para creer que los individuos sometidos á mi procedimiento están completamente libres de su mal. En otros términos, cuanto tiempo tarda la rabia en manifestarse.

Según las estadísticas consultadas esto sucede á los 40 ó 50 días siguientes á la mordedura. Ahora bien, entre las personas de diversas edades y de distinto sexo que han sido tratadas por el nuevo método, había 100 que fueron mordidas antes del 15 de Diciembre, es decir, hace más de dos meses y medio. Las de la segunda centena han trascendido más de dos meses y tres semanas desde su desgracia. En cuanto á las otras 150 personas, siguen hasta ahora bien; exactamente lo mismo que como las 200 primeras.

Se vé, pues, fundándose en estadísticas muy rigurosas, que es considerable el número de individuos salvados de una muerte segura.

La profilaxia de la rabia es un hecho. Ha lugar á crear un establecimiento vaccinal contra la rabia.

Nutridos y prolongados aplausos recibió Mr. Pasteur al terminar esta memoria.

El académico Mr. Vulpian apoya la idea de fundar un instituto para la curación de la rabia, indicando que debe confiarse á Mr. Pasteur la realización del proyecto.

Mr. Pasteur contesta que ha pensado detenidamente en la fundación de un establecimiento vaccinal, y que desde luego ha examinado si debían ó no multiplicarse estas benéficas casas de socorro, porque es de temer que la inoculación tardía no produzca buenos resultados, puesto que no sin vacilar curó á Jupille, seis días después de su accidente. La experiencia, sin embargo, le ha enseñado que las inoculaciones han sido eficaces en personas sometidas á su tratamiento, aunque trascurrieran muchos días, y aún bastantes semanas, á contar desde la fecha de sus lesiones. Los cuatro americanos habían sido mordidos hacía 21 días. Se puede enviar con confianza á París los heridos de todos los países de Europa, y aún de América del Norte; pero no hay que retardar indefinidamente la cura. La experiencia demuestra que la inoculación se opera de 40 á 60 días. Aquellas que se practican fuera de este término, es probable que coincidan con la manifestación de los síntomas rábicos. Un establecimiento único bastaría, por lo tanto, para América del Norte, Europa y países inmediatos, y tendría la ventaja de dar mayor garantías á la curación, porque entonces sería fácil agrupar en él un personal instruido y que reuniera las mejores circunstancias para el mejor desempeño de su cometido. Mr. Pasteur, regula los gastos de este establecimiento en 50.000 francos por año. Multiplicando esta clase de establecimientos, sus gastos excederían al importe que podrían ocasionar los socorros que se dieran á los necesitados para venir y estar en París.

Mr. Pasteur, añade, que las cantidades necesarias para este centro benéfico pudieran reunirse por una suscripción internacional. Al

Estado no debe pedírsele más que su apoyo moral, porque es indudable que las naciones cuyos habitantes sean atendidos y curados en París tendrán el honor de contribuir á la creación del establecimiento.

El presidente de la Academia replica que Francia es bastante rica para pagar su gloria.

Propónese el nombramiento de una comisión para la realización de este proyecto. Mr. Freycinet, presidente del Consejo de ministros é individuo de la Academia, manifiesta que el gobierno se asocia á la grandiosa empresa de Mr. Pasteur, á quien felicita calorosamente.

Mr. Pasteur da gracias á sus colegas, y dice que su afán vá más lejos, porque es preciso aprovechar la ocasión para dar un impulso decisivo á los estudios generales sobre las enfermedades virulentas y contagiosas. Desearía continuar las investigaciones en este sentido, y saber, por ejemplo, si la difteria no es susceptible de curación, siguiendo un sistema análogo al que acaba de exponer.

¡A LAS URNAS!

Estamos en pleno Abril.

Los primeros nordestes pugnan ya por arrastrar de nuestro horizonte ese oscuro celaje que sirvió durante cuatro meses de gorro de dormir á la aletargada naturaleza, que, al sentir sobre su frente los primeros halagos de la bienhechora brisa, parece despertar de un largo sueño agitado tan solo por alguna pesadilla de nieves y granizo, y turbado á las veces por el sordo rugir de una mar desasosegada y quejumbrosa.

Estamos, en fin, en esa época del año cantada ó *lavareada* por todos los poetas dados de suyo á la verdura y demás hortalizas.

Dentro de pocos días el grillo de la vecina, ó la vecina de la clase de grillos, regalará nuestros oídos con el canto anónimo del buen tiempo, y el modesto cuanto honrado *forage*, después de intentar una torpe y mal pergeñada puereta allá sobre las verdes hojas que le sirvieron de cuna, rodará hasta nuestros pies entregándose filosóficamente en manos de algún inocente chiquitín que le hará *traballar* hora tras hora ensartado en el extremo del horrible aparato, terror y calvario de esos pobres animales que al acabar su vida en tan doloroso suplicio, parecen elevar, entre la invariable cadencia de su monótono zumbido, una plegaria de perdón para sus verdugos.

Todo es vida y frescura en el valle, que diría la loca del *Salto del Pasiago*, y los futuros padres ó padrastrros de la Patria, no pudiendo sustraerse al influjo de esa fuerza creadora que estremece cielo y tierra, se agitan en el nido que fabricaron á fuerza de intrigas, *clavete* y demás artículos de beber y arder, piando impacientes por romper el quebradizo cascarón de las misteriosas urnas.

No debían celebrarse las elecciones en esta época del año,—me decía ayer un candidato naturalista y naturalote al mismo tiempo.—Me molesta la idea de que nuestro *brote* coincida siempre con el de las lilas y el de los *insectos*.

Por consideraciones á la venidera jeraquía de mi interlocutor, no me atreví á explicarle lo natural de la coincidencia, aunque bien sabe Dios que ganas y razones no me faltaron.

Por celestial bendición la cosecha de candidatos se presenta este abundantísima en toda España.

Los hay para todas las edades y para todos los gustos; ternos y chiquitines como perojos de San Juan, algunos de *cuchillo*, y de *cuchara* los más de ellos.

Los manifiestos con que á cada paso nos obsequian vienen á ser así como el anuncio de la mercancía.

Si se trata de fruítales, ó de candidatos *mañucos*, necesariamente han de decirnos «que dedicarán todo lo que valen y todo lo que pueden al fomento y desarrollo de la agricultura, industria y comercio en todo aquello que no se oponga á la paz y concordia entre los príncipes cristianos.»

Las proclamas de los aspirantes más ó menos *veriles* ofrecen alguna mayor variedad y suelen dar mucho más juego.

No es, sin embargo, expuesto el aventurador la afirmación de que todas ó casi todas se pueden encerrar dentro de los límites del adjunto modelo:

«Ciudadanos! Soy un hombre de bien que, aunque me esté muy mal el decirlo, debo tan solo á un honrado trabajo el mediano pasar de que hoy disfruto.»

«No he de relataros mi historia política, porque todos *me conocéis*, si á mano viene.»

«Nacido y lactado al amparo de las garantías constitucionales, mi única aspiración, hoy como ayer y vice-versa, es á la igualdad de todos, hija de una libertad bien entendida y bajo cuyo solo imperio será un hecho el mejoramiento de la clase trabajadora oprimida al presente por enriquecidos y odiosos *burgaleses*, según *les dicen* en la Bélgica y demás.»

«El sufragio universal extensivo á las mujeres es otra de las reformas más reclamada hoy por la opinión toda del país. En virtud de qué irritante privilegio se les priva de este derecho? ¿Por qué han de ser las hembras menos que vosotros los machos? ¿Qué nos distingue y separa á los unos de las otras? Nada, ó casi nada, señores, *diferencias*

apenas perceptibles á la simple vista.

«La familia, tal como hoy existe, al menos, es también uno de los inventos más perniciosos de los antiguos tiempos, en los que el atraso y el oscurantismo cercan sus negras alas sobre las respectivas cabezas de un pueblo de esclavos. Dadme vuestros sufragios y yo os daré el matrimonio *restringido*, vamos á decir, sin suegra, que es la que, de lo contrario, á todos os deseo. Amén.»

«Se me olvidaba decir que no he gais caso de la palabrería y ofertas de mis contrincantes. Desconfiad de las falsificaciones y exigid siempre el sello azul del *gobierno francés*.»

Todo aquel que goza del derecho de sufragio es en estos días una persona no solo importante, sino casi casi un hombre feliz; se le mima, se le adula y hasta se le convida á tomar, no ya las once, sino las veinte y cuatro horas del día.

Los que no tenemos voto pasamos plaza de seres insignificantes y hasta de conducta dudosa algunas veces.

Yo, sin embargo, perdono de buena fé á los futuros padres de la patria este olvido á que nos relegan, merced á nuestro exiguo estado político, en gracia siquiera de los apuros y mal andanzas á que los arrastran sus pretensiones.

Ayer fuí testigo de un diálogo en extremo curioso que tuvo por escena la casa de uno de los candidatos por la circunscripción.

Hallábase el tal un tanto caviloso á consecuencia de lo sé que engatada que le había jugado un alcalde de la clase de rústicos, y yo respetaba el justo dolor de mi amigo.

En tal estado de cosas, penetró en la habitación una de las criadas de la casa; al verla levantó la cabeza el candidato reflejando en su semblante la expresión de todo aquel que tropieza con una idea luminosa, y encarándose con ella (con la criada no con la idea) la formuló en crudo la siguiente pregunta:

—¿Tienes novio?

—Sí señor,—balbució la entonces doncella, presa de un ataque de rubor mal entendido.

—¿Sabes si tu novio tiene derecho de sufragio?—insistió casi emocionado su interlocutor.

La muchacha callaba, no comprendiendo sin duda lo que su amo la quería decir.

—¿Le tiene ó no le tiene?—insistió este.

—No lo sé señorito, yo al menos no se le he visto nunca.

CERILLA.

LOS AMIGOS.

Los hay buenos y malos, bien que los malos no merecen el nombre de amigos. De suerte que no he querido aludir á estos, sino á los otros, á los buenos, á los que se llaman así, aunque no lo sean siempre.

La verdad es que sin amigos sería insostenible la existencia.

No concibo tristeza mayor que la de no tener á quien pedir cinco duros cuando nos hacen falta.

Cierto que el amigo á quien se dirige la petición para siempre el *sablazo*, y no afloja el bolsillo; pero la satisfacción de haber pedido el dinero y de haber desahogado nuestras penas, contándonos á quien nos dice que las siente mucho, ¿quién nos la quita?

Además ¡qué tristeza para el que se muere y deja en el mundo mujer joven y bonita, si no se la pudiera recomendar á un amigo!

Y á esta recomendación sí que no se hace el sordo casi nadie.

¿Quién no respeta la última voluntad de un difunto?

Yo bien convencido estoy de lo conveniente que es tener amigos; pero si no lo hubiera estado, es más, pareciéndome perjudiciales y todo, habría caído de mi burro oyendo á Estanislao anoche en el café.

¡Lo que debe Estanislao á los amigos! El se hace lenguas cuando habla de ellos; pero, anda, que bien lo merecen y bien se lo pagan.

Este Estanislao es un muchacho andaluz que vino hace tres ó cuatro años á Madrid á pretender un empleo de no sé qué en la aduana de Cádiz. Tenía aquí muchos amigos influyentes, y confiado en ellos, le dijo su padre al despedirle en la estación de Utrera: —Vaya, hijo, hasta dentro de pocos días, porque estoy seguro de que no harás más que llegar y besar el santo.

En efecto, Estanislao llegó; pero no ha besado todavía ni al santo ni á nadie.

Todas las personas á quienes venía recomendado le recibieron muy bien, y hasta hubo alguna muy encopetada que le convidó á almorzar un día; pero en lo que toca á las pretensiones que habían motivado su viaje, llegaba en tan mala ocasión...; no era esto decirle que desistiera de sus propósitos, no señor; se haría lo que se pudiese, y ya veríamos, ya veríamos, porque la cosa no era de las que se arreglan de hoy para mañana.

¿Cómo trabajan los amigos de Estanislao para proporcionarle la codiciada credencial! Nunca podrá pagarles lo que hacen por él; como él mismo dice lleno de reconocimiento y gratitud.

Ahora, que no consigne nada; pero bastante lo sienten ellos. Estanislao, que no come caliente más que dos ó tres veces mensuales, casi tiene lástima de sus amigos cuando le ponderan el dolor que les causa no poderle colocar. —No se apuren ustedes, no se apuren ustedes,—les dice el infeliz, que, sin haber sido empleado nunca, goza de todos los privilegios que da la cesantía... sin haber.

Pero Estanislao es trabajador y no ha querido estar ocioso estos tres ó cuatro años de pretendiente; y cuenta que el pretendier

en Madrid da mucho más trabajo de lo que algunos se figuran; pero, como dicen por ahí (y yo no creo; vaya entre paréntesis) al hombre activo le sobra tiempo para todo.

Estanislao vaciló bastante entre hacer papalillos de almendro para los dientes ó escribir una novela; pero, después de pensarlo bien, se decidió por lo segundo, no por más productivo, sino por más fácil; porque él asegura que el público es más descontentado y exigente en materia de papalillos de almendro que en cuestiones de literatura.

Escribió, pues, el hombre su millar de cuartillas, las cubrió con una donde campeaba un título llamativo, no recuerdo cuál, pero sé que se trataba de algo de religión y de curas, que es lo que priva ahora, y, con su manuscrito bajo el brazo, se echó á buscar un editor, que es más difícil de encontrar que una onza.

Pero Estanislao tuvo fortuna esta vez, lo cual quería decir, según su opinión, que entraba con buen pie—un pie sin callos, ni juanetes, ni imperfección ninguna—en la carrera literaria, y, merced á no sé qué tratos y combinaciones, tuvo el gusto de ver su obra impresa en los escaparates de las librerías.

Como es natural, su primer cuidado fué enviar un ejemplar de la novela á cada uno de sus amigos; ¡no faltaba más! ¿Los iba á poner Estanislao en el compromiso de comprarla? Pues hombre, si no se han de regalar los libros á los amigos, ¿para qué se escriben? Item más: mandó también su correspondiente tomito á cada uno de los periódicos de Madrid, y se quedó tan orondo y satisfecho, diciendo para sus adentros: «Vaya, ahora á esperar el juicio de la crítica.»

Que, por esta vez, no se hizo esperar. Un amigo de Estanislao que colaboraba en *El Rabano*, periódico satírico, por el cual era amigo del administrador, quien le solía regalar de cuando en cuando, un par de butacas para el teatro Martín, escribió y publicó un juicio de la novela en que la ponía por las nubes, y aconsejaba á Pereda y á Galdós que la leyesen y estudiasen, porque *aquel* era el verdadero camino, y todo lo demás no valía un pitoche.

«Es un amigo,—decía Estanislao, después de leer el juicio crítico,—y exagera bastante el mérito de la obra; pero otra le quedaba.»

Por cierto que el periodista andaluz le pidió aquella misma noche cinco duros, que Estanislao no pudo darle porque no los tenía; pero sin carne entre las uñas no se finó el crítico y sus dos pesetitas sacó del lance. Según él decía, menos da una piedra.

Una noche llegó Estanislao al café, y se sentó á tomarlo en la misma mesa donde nos refería el suceso hace pocas horas.

—¿Has leído *El Arlequín*?—le preguntó Tomás, uno de sus amigos más cariñosos; —como te trata, chico!

—Sí, lo acabo de leer en la peluquería y me ha dado un ratón. Mira que decir que no he hecho más que amontonar disparates...

—¿Y qué piensas hacer?

—Pues, hombre, esperar. Me ha dicho un librero que el público tiene muy buen olfato, y que cuando un libro es bueno se vende aunque la prensa le triture, así como no hay quién le compre siendo malo, aunque le alaben todos los periódicos del mundo.

Los amigos de Estanislao se miraron entre sí estupefactos al oírle semejantes razones.

—Tú no tienes sangre, dijo uno.

—Si dejas que te traten así, te van á tomar por dominguillo los gacettilleros—añadió otro.

—¿Y qué he de hacer?—preguntó Estanislao.

—Exigir una retractación al crítico, y si no acepta, obligarle á que vaya al campo del honor,—dijo Tomás.

—Pero qué, ¿me voy á batir con todos aquellos á quienes parezca mala mi novela y lo digan?

—Oye, oye—dijo Tomás con tono autoritario—en estos asuntos no se pueden dar consejos á nadie: cada uno tiene el honor que le parece conveniente...

—¿Yo tengo tanto como cualquier!

—Bien; pues no se te conoce: en ese artículo hay ofensa personal para el autor.

—Pero si no me nombra signiera.

—Esa es la primera ofensa: ocultar tu nombre, como si no fuera honrado. Además: ¿no dice que es una barbaridad que el arzobispo abjure y se case con una bailarina?

—Sí.

—Pues ¿qué es el que dice una barbaridad? Un bárbaro; esto se cae de su peso; ahora si á tí el que te llamen bárbaro no te ofende, es otra cosa.

Estanislao, como interesado, no podía pensar con frialdad, según decían todos los de la reunión; por lo cual, una vez convencido de que le ofendían, dió sus poderes á Tomás y á otro para que se entendiesen con el crítico, y dejaran su honor (el de Estanislao) en su punto.

A los tres días sufría Estanislao la amputación de la mano izquierda, en la que el crítico le había metido una bala veinticuatro horas antes.

Y lo que nos decía Estanislao anoche: «Ya ven ustedes, yo no me consideraba ofendido; de suerte que si no es por mis amigos ¡cómo hubiera quedado!»

—Pues con los remos útiles,—le dijo un castellano viejo;—porque si tiene usted tan mala suerte en el segundo duelo y pierde usted la mano derecha ¿con qué mano pegará usted una bofetada al bergante que le ofenda de veras?

—Sin embargo,—insistió Estanislao,—si no fuera por mis amigos, yo tendría mano; pero no tendría honor.

¡Los amigos! ¡Benditos sean!

EUSEBIO SIERRA.